

María Soledad Blanco
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de Jujuy

La presencia de la ideología en el campo de los estudios literarios

Resumen

En su artículo «Las teorías y sus ideologías esenciales» (1995), Herman Parret estudia la relación entre ideología y ciencia, a partir de los conceptos de «ideología externa» e «ideología interna». Tomándolos como base, en este trabajo reflexiono sobre la presencia de la ideología en el campo de los estudios literarios, y sus consecuencias en materia y formulación de teorías, críticas y propuestas de enseñanza.

Examino la cuestión de la «naturalización» de la literatura como objeto de estudio y enseñanza privilegiado por sobre otras prácticas culturales y concluyo que el carácter científico de los estudios literarios no está dado por una pretendida objetividad sino por la explicitación del posicionamiento desde el que se realiza la actividad crítica y/o docente, y los argumentos que sostienen esta posición.

Palabras clave

{ estudios literarios, ideología, estatuto científico }

Abstract

In his article «The essentials Ideologies of Theory» (1995), Herman Parret studies the relationship between ideology and science, from the concepts of «external ideology» and «internal ideology». Based on these concepts, in this paper I reflect on the presence of ideology in literary studies, and its impact on the formulation of theories, criticism and proposals for teaching.

I examine the problem of the «naturalization» of literature as a privileged object, over other cultural practices, of study and of teaching. I conclude that the scientific nature of literary studies is not given by a pretended objectivity but by the explicitation of position from which the critical or teaching activity is performed, and of the arguments that support this position.

Key words

{ literary studies, ideology, scientific status }

La cuestión del carácter científico de los estudios literarios se presenta en las labores de crítica o enseñanza de la literatura y en la elección de los paradigmas teóricos desde los cuales esas actividades se realizan. Este tipo de cuestionamientos se liga a la problemática general del estatuto científico de las ciencias sociales, detrás de las cuales suele decirse que siempre hay una «ideología», aunque yo preferiré referirme a esta cuestión como «posicionamiento» o «postura», por entender que el concepto de «ideología» conlleva cierto grado de concientización de su contenido que no siempre se da en la práctica del científico. Muchas veces la postura de un estudioso de la literatura se revela en sus escritos pero no es necesariamente consciente para sí mismo.

De lo que podemos hablar es de las teorías de la literatura y los posicionamientos (estéticos, políticos, sociales, etc.) en que éstas se sostienen. Parto de considerar un artículo de Herman Parret, «Las teorías y sus ideologías esenciales» (1995) en el que aborda estas problemáticas, centrando su análisis en la Lingüística (aunque aquí llevaré sus observaciones al ámbito de la teoría literaria). Tomo como base este texto porque propone una sistematización del modo en que la «ideología» se relaciona con la ciencia; sin embargo, sus consideraciones me servirán para reflexionar sobre los posicionamientos subyacentes a las teorías literarias.

Es la intención de Parret describir la Lingüística como una ciencia que conlleva un discurso específico, aunque no olvida que toda ciencia es discurso, y por lo tanto está relacionada con la *ideología*. Por esta razón, en primer lugar aborda la definición de este término distinguiendo entre *ideología externa* e *ideología interna*, conceptos a partir de los cuales estructura su pensamiento.

La primera es definida como la ideología que no pertenece al campo de la lingüística específicamente, sino que se relaciona con ella como aplicación, fenómeno psicológico o pensamiento político que rige la construcción y recepción de las teorías lingüísticas.

Por su parte, la *ideología interna* sería aquella que opera dentro de la Lingüística como campo específico del saber, y que tiene que ver con el discurso general de las ciencias y con las posiciones paradigmáticas que se asumen en el interior de dichas ciencias.

A partir de este planteo inicial, Parret desarrolla las problemáticas que encierra el hablar de ideología dentro de las lingüísticas. Pero, como mencioné antes, su propuesta me interesa como punto de partida para la especulación sobre la presencia de la ideología en la teoría literaria.

Respecto a la *ideología externa*¹, es necesario hacer algunas consideraciones. En primer lugar, quiero detenerme en lo que el autor llama ideología co-ocurrente, esto es, el pensamiento político de los lingüistas que, según Parret, es paralelo a sus teorías lingüísticas pero no tiene lazos analíticos con ellas. Él rechaza la búsqueda de estos lazos, tomando el caso de Chomsky, quien «estaba siempre a la búsqueda de una conexión analítica entre ese pensamiento político y su pensamiento sobre el lenguaje. Pero esto no es más que un deseo (...) No admito en absoluto (...) que exista un lazo analítico entre el pensamiento político y el pensamiento lingüístico» (Parret, 1995:15)

Desde otra perspectiva, en la historia de las ciencias del lenguaje hay sobrados ejemplos de la conexión entre el pensamiento lingüístico y el político. Baste men-

cionar la teoría lingüística de Vigotzky, en la que se articulan los conocimientos de psicolingüística y de semiótica con el materialismo dialéctico marxista, del cual este pensador era partidario. Incluso, de esa combinación entre pensamiento político y teoría lingüística nace su programa de alfabetización, que no puede considerarse mera «manipulación», como llama Parret a la aplicación de la lingüística con determinados fines, sino una verdadera articulación de sus posicionamientos lingüístico y político.

En el plano de la literatura, esta negación de la relación entre la teoría y la postura política de un investigador, carece de sustento. Es sabido que distintas teorías acerca del hecho literario tienen su base en un fuerte posicionamiento político. Esto se hace más evidente en el caso de los estudios que conectan la literatura con la cultura, como la Escuela de Frankfurt, y los estudios culturales de los neomarxistas como Jameson, Williams e Eagleton. También en la teoría del «campo literario» de Bourdieu está presente esta conexión entre las categorías analíticas y la postura del estudioso acerca de la realidad extra literaria. Dentro del campo literario la relación se hace aún más evidente cuando nos referimos a las que se han dado en llamar «teorías alternativas»: desde la denominación misma, ya se trate de *Postcolonialismo*, *Postmodernismo* o *Teoría de Género*, esta conexión entre pensamiento político y literario está resaltada.

Las teorías sociodiscursivas en conjunto se caracterizan por ser nuevas miradas que impugnan, desde lugares diferentes, el *locus* enunciativo de la modernidad occidental y mueven a una «toma de posición». Esta nueva mirada tiene sus raíces en contra del concepto de «verdad» (de verdad universal), de las generalizaciones teóricas que en la modernidad se consideraron capaces de describir el objeto literario en sí mismo.

Visto así, en el caso de los estudios literarios, la «ideología interna» a la que alude Parret es inseparable de la «externa», al tal punto que esta separación sería una abstracción analítica sin correspondencia en la práctica. Tomemos otro ejemplo: el surgimiento de los Estudios Culturales. En la Inglaterra de posguerra, donde surgen hacia 1960, estos estudios germinan abonados por un pensamiento marxista socialmente extendido y, sobre todo, en el campo intelectual, de modo que la literatura se comprende como práctica social de la clase burguesa. Las principales figuras del movimiento (Hoggart, Thompson, Williams y, más tarde, Hall) se esfuerzan por «hacer visibles las perspectivas desde las que los sectores obreros y otros grupos subordinados en las estructuras sociales hegemónicas se acercaban a la cultura oficial o producían su propia cultura» (Kaliman, 2008).

Proceso diferente se presenta en los Estados Unidos, donde los estudios culturales cobran fuerza en una situación general de reclamos hacia la inclusión sociocultural de negros y mujeres. Las perspectivas de raza y género se impusieron por sobre la de clase que tenía la propuesta inglesa. De modo que el «reclamo» hacia la literatura no fue su lugar como expresión de clase sino la cerrazón del canon. En otras palabras, otorgándole la validez como sistema de expresión cultural privilegiado, se le pedía a la literatura (y a sus teóricos y académicos) la apertura hacia otros modos de escribirla (Kaliman, 2008).

Queda claro que las modificaciones en los posicionamientos respecto del objeto

«literatura» están estrechamente ligados a concepciones que tienen que ver con lo social y cultural, es decir, aquello que Parret llama «ideologías externas».

A pesar de esta crítica, hay que señalar un aporte que Parret destaca muy bien en su artículo, y es el hecho de que la palabra «ideología», en los campos lingüístico y literario, se utiliza como forma de desprestigiar a los estudios que pertenecen a la corriente contraria. En nuestra área de estudios, esta realidad se percibe en las ya tradicionales y repetidas acusaciones que parten desde los adherentes al formalismo literario hacia quienes abordan la literatura en relación con los contextos socioculturales en la que ésta se inscribe.

Parret reflexiona sobre la peligrosidad que implica esta acusación a los demás de «ideológicos», ya que «con este tipo de acusaciones, se quiere dar la impresión de que la posición en la que uno se encuentra está totalmente exenta de ideología (...) Hay que tener cuidado con la identificación entre “ideología” y “mala ciencia” o “mala epistemología”».

«Ideologizar» el discurso ajeno y hacer lo inverso con el propio, es una forma de dar a la posición asumida legitimidad en cuanto posee «objetividad», uno de los valores pilares sobre los que se ha construido la idea de cientificidad, incluso dentro de la teorización sobre la literatura. Un caso claro (y algo extremo pero por eso mismo ejemplificador) de esta estrategia de deslegitimación es la propuesta de Harold Bloom en *El canon occidental* (1994) quien, en su justificación sobre la necesidad de un canon basado sólo en criterios estéticos, llama como «Escuela del Resentimiento» a toda aquella propuesta teórica que ligue el valor de la literatura a algo más allá de sí misma, un elemento exterior, un valor social.²

En su lógica, Bloom termina por enfrentarse de fondo con los presupuestos de la Sociología de la Cultura de base marxista, que propone repensar el lugar de privilegio que posee el objeto literatura en las academias, la crítica y, en definitiva, el prestigio social como práctica cultural entre otras (Williams, Bourdieu, entre muchos otros). Para Bloom, se trata de una antinomia, fijada en un valor de la literatura que no se pone en cuestión: «o bien crees que leer y enseñar y pensar sobre lo que se ha pensado y escrito le hace mucho bien a todos, o no lo crees» (cit. en Barceló Aspeitia, 2000).

No cuestionar la validez del propio objeto de estudio es desde ya una toma de posición ideológica. En esto hay que admitir que no sólo Bloom, sino también gran parte de las teorías sociodiscursivas e, incluso, las latinoamericanistas, no han sabido plantearse este cuestionamiento a su propia práctica. Y a pesar de que el foco del replanteo teórico de estas corrientes fue deconstruir el objeto literatura tal cual lo había fundado occidente. ¿Por qué la literatura ocupa ese rol de privilegio frente a otras miles de prácticas culturales incluso más difundidas en la vida cotidiana? ¿Por qué hay en torno a ella todo un aparato académico (carreras, encuentros, publicaciones, etc.) destinado a su discusión y difusión?

Incluso en muchas definiciones desde la perspectiva sociodiscursiva encontramos de manera implícita valoraciones de la literatura en tanto portadora de imaginarios

socioculturales, es decir, no como objeto estético sino como objeto social, como fuente a través de la cual es posible estudiar una sociedad, una cultura. Los estudios literarios se distancian de las llamadas «Humanidades» y se acercan a las «Ciencias Sociales». Se reformula el valor social del discurso literario y se lo corre del escenario estético legitimado, pero al centrar sus estudios en esta práctica cultural y no en otras, se termina por legitimar su preeminencia.

Hasta aquí reflexionamos sobre la relación entre «ideología externa» y estudios literarios, y advertimos algunos argumentos para pensar que el posicionamiento que tenga el investigador, el estudioso, respecto de lo social, permea constantemente aquello que Parret llama «ideología interna» de la ciencia, cuestión que paso ahora a analizar.

Este filósofo belga se centra en la definición y descripción de la *ideología interna*, con el fin de demostrar que en toda práctica científica se manifiesta una ideología, ya sea por la posición paradigmática que asume el hombre de ciencia o por la ideología esencial que está presente en la medida que hay discurso científico.

Hasta no hace mucho, resultaba extraño escuchar a un hombre de ciencia admitir que su actividad científica estaba regulada por un paradigma histórico y socioculturalmente situado. Una de las particularidades de la ciencia, cualquiera fuera, es que «la teoría que están construyendo nace en el interior de un paradigma, por lo que ese paradigma no puede ser objetado por la teoría en cuestión» (Parret, 1995). Sin embargo, el creciente interés académico por la Epistemología y la difusión de obras como *Estructura de las revoluciones científicas* de Tomas Kuhn (1962) o *La metodología de los Programas de investigación científica* de Lakatos (1993), han ido modificando este panorama. Cada vez es más frecuente que los hombres de ciencia admitan su filiación con ciertos paradigmas dominantes en determinado momento sociohistórico. Crece así el respeto hacia la actividad del otro, aunque ésta se sitúe desde teorías distintas.

Parret ejemplifica esta ideología mencionando los distintos modelos sobre los que se asientan las diversas teorías lingüísticas. En cuanto a la literatura, y siguiendo de alguna manera a Mignolo (1978), a grandes rasgos podemos hablar de tres grandes paradigmas, dentro de los cuales se inscriben las diversas teorías.

1 { El primero es aquel para el cual el texto literario es un objeto que puede ser abordado independientemente del contexto social. Atiende a las características inmanentes del texto, lo que se considera la «literaturidad». Dentro de este paradigma, el Formalismo ruso es la teoría más difundida, aunque también podemos mencionar la crítica esteticista. Entre los primeros, fue Roman Jakobson el que planteó que «El objeto de la ciencia literaria no es la literatura sino la “literaturidad”, lo que hace de una obra dada una obra literaria» (1921:11).

Sin embargo, ya Culler (1989) da cuenta de los problemas que esta definición de la especificidad del texto literario genera, de modo que concluye con una apertura que define sin definir: «En estas condiciones, podríamos llegar a la conclusión de que la literatura no es ninguna cosa más que aquello que una sociedad determinada trata como literatura: es decir, un conjunto de textos que los árbitros de la cultura —profesores, escritores, críticos, académicos— reconocen que pertenece a la literatura».

2 { Puede mencionarse como segundo, aquel que establece una relación dinámica entre

literatura y sociedad, pero que al mismo tiempo mantiene la mirada sobre la literatura como hecho cultural prominente, en tanto discurso portador de significados sociales y culturales, que pueden y deben ser analizados «en» la estructura textual, y no fuera de ella. El movimiento va desde lo literario a lo social o viceversa, pero es siempre la textualidad un producto sociocultural. Aquí podemos situar a la sociosemiótica de Peirce y, específicamente, Greimas, Barthes y Lotman; la perspectiva socio-histórica de la literatura en la teoría de Mijail Bajtín, la sociocrítica de Edmond Cros y la escuela de Montpellier, la Teoría de la Recepción.³

Esta forma paradigmática de concebir la literatura en tanto objeto, en las distintas formas teóricas en las que cobra cuerpo, propone «un cambio que tiene que ver con el abandono de la concepción esencialista e inmanentista de la literatura (...) con el fin de incorporar el análisis de los procesos sociales como parte del ejercicio crítico» (Becerra, 2004).

3 { Finalmente, existe un tercer gran paradigma: el de los estudios culturales y la sociología de la cultura. Aunque generalmente se suele integrar dentro del segundo, la perspectiva «social» de la literatura, creo que en realidad representa otro paradigma desde el momento en que su objeto ya no es la obra literaria como «texto», sino como objeto cultural producido, comercializado o distribuido, leído, analizado, enseñado, etc., en un contexto sociocultural específico. Incluso desde este enfoque, el estudio de la literatura desentraña los mecanismos sociales de reproducción social que hacen de la ella un objeto privilegiado de la academia frente a otros textos y otras prácticas culturales a priori igualmente «interesantes» para ser estudiadas. Este enfoque se liga más a la sociología y la antropología ya que deslegitima la literatura como objeto de estudio «necesariamente» válido; no busca extender el canon, hacer ingresar en él otras voces, sino descalificar la idea misma de canon y de superioridad (estética) de unas prácticas por sobre otras, como lo afirman, entre otros, Matterlart y Neveu (2003).

99 { blanco

Esta clasificación que propongo es simplificadora en la medida en que las teorías a las que refiero no son siempre claramente ubicables en uno u otro paradigma y, al mismo tiempo, no tiene en cuenta los múltiples contactos que se establecen entre paradigmas, o las teorías que producen una articulación entre ellos. Lo que sobresale es que toda teoría acerca de la literatura se inscribe dentro de un paradigma, de una concepción de la literatura, que fija de antemano el objeto de estudio y, por lo tanto, los métodos de abordaje. Podemos decir que la teoría y la crítica literaria constituyen en sí mismas posicionamientos, actitudes, que nos permiten calificarlas como «actividades ideológicas» usando el vocabulario de Parret.

En su artículo ya alude a esta cuestión cuando afirma que la posición paradigmática es una posición ideológica: el paradigma y la consiguiente teoría que se asume, condicionan la investigación. Este condicionamiento se produce no sólo al situarnos frente a un objeto específicamente definido dentro del «núcleo duro» de la teoría, sino también frente a la necesidad de utilizar una terminología, unas categorías de análisis y una metodología propias del paradigma elegido.

Siguiendo este razonamiento, podríamos tratar de esquematizar esta concepción «ideológica» de la teoría literaria de la siguiente manera:

Denominación propuesta por Parret

Pensamiento político (no necesariamente consciente) Posicionamiento frente al mundo, frente a lo social y lo cultural	(IDEOLOGÍA EXTERNA)
↓	
Elección paradigmática. Posicionamiento frente a la literatura	(IDEOLOGÍA INTERNA)
↓	
Teoría literaria. Accionar docente y/o intelectual	(ACTIVIDAD IDEOLÓGICA)

Siguiendo a Nicolás Rosa (1990), quien afirma que uno de los «fantasmas» de la crítica literaria es el de la especificidad del texto, podemos decir que aquello que se denomina «literatura» es un objeto diferente en cada caso, puesto que cada paradigma lo define y recorta de un modo particular. Tomemos un ejemplo de definición del hecho literario desde escuelas pertenecientes a cada uno de los modelos esbozados, y tratemos de analizar de qué modo la definición de «literatura» propuesta condiciona el estudio que se hará sobre ella:

1 { Jakobson (cit. por Eagleton, 1988) afirma que «la literatura consiste en una forma de escribir en donde se violenta organizadamente el lenguaje ordinario». La tarea de la crítica será desentrañar de qué modo el lenguaje cotidiano es subvertido y con qué fines, mientras que la teoría generalizará respecto de ello en busca de la «literariedad», aquella característica intrínseca que hace de un texto, un texto literario.

2 { Even Zohar (1980) define la textualidad literaria como «un polisistema, un sistema múltiple, un sistema de varios sistemas que intersectan uno con otro y en parte se superponen utilizando simultáneamente diferentes opciones que funcionan, sin embargo, como un solo estructurado y cuyos miembros son interdependientes», mientras que Bajtín (1989) afirma que «cada palabra tiene el aroma del contexto y de los contextos en que ha vivido intensamente su vida desde el punto de vista social; todas las palabras y las formas están pobladas de intenciones». En ambos casos, las palabras, la escritura, son una manera de acceso, de interrogación, a un espacio otro, lo social, el polisistema cultural del cual la obra literaria forma parte; la tarea de la crítica es entonces reconstruir a través del estudio de esa obra, los sistemas semióticos con los que se intercepta, el contexto que da origen a la obra y que queda enmarcado en ella.

3 { Los estudios culturales y la sociología de base marxista entienden la literatura como «una práctica cambiante y continua que se está movilizandando sustancialmente más allá de las formas antiguas y que actualmente lo hace a nivel de la redefinición teórica» (Raymond Williams, 1980:78–80). O, en términos de Kaliman (2008):

«La sociología de la cultura sitúa la literatura en el conjunto general de las prácticas culturales activas en las sociedades humanas, y entiende que su primacía es relativa al conjunto social desde el cual se la valore (...) la definición de lo literario es relativa a ciertas situaciones históricas, o, dicho en otras palabras, literatura es lo que en determinado contexto histórico decide aceptarse como tal. Se suele tener bastante conciencia, en estos casos, del papel que juegan en esas definiciones instituciones de diverso orden, aquellas que nuclean y legitiman a los “árbitros de la cultura”».

La tarea del estudioso (si es que apunta a la literatura como objeto, pues en general se dirige hacia otras producciones culturales socialmente «más significativas») será la de comprender el proceso por el cual una determinada obra o autor es reconocido o no, el papel de los críticos, las academias, el público y las empresas en ello, las relaciones de poder intelectual, político, cultural, etc. en que se sostienen las valoraciones en un momento dado.

Aunque Parret delinea la definición de la lingüística como ciencia en la que la ideología está presente, ya sea interna o externamente, en mis consideraciones he tratado de trasladar sus argumentos al ámbito de los estudios literarios que participan de los que Parret llama la «ideología esencial» a todo estudio científico, definido a partir de cuatro características esenciales:

- { Se trata de una práctica discursiva.
- { Esta práctica está marcada por la veridicción, es decir, la voluntad de verdad de lo enunciado.
- { Se presume objetiva y, por lo tanto, se trata de borrar el sujeto de la enunciación, de manera que el enunciado se despersonalice.
- { Hay una voluntad de hacer saber, lo que conlleva un intento de convencer de la verdad y la objetividad de lo que se enuncia. El texto debe seducir y sugerir.

Estas características condicionan todo estudio que se pretenda científico. Pero además, condicionan el *hacer* dentro de ese campo determinado. El paradigma asumido implica ser coherente con él (*saber hacer*) en cuanto a las categorías de análisis, y ese paradigma y su discurso condicionan al estudioso (*deber hacer*).

Consideraciones finales

Si retomamos los cuestionamientos iniciales relacionados con el estatuto científico de los estudios literarios y su relación con la ideología, creo que podemos llegar a esbozar algunas consideraciones de interés para la práctica de la investigación y la docencia en este ámbito. Cuando hacemos crítica literaria, cuando enseñamos literatura, estamos sosteniendo el lugar de la literatura como práctica cultural digna de atención, aunque generalmente sin reflexionar sobre esto. Pensamos que es «algo»

que debe enseñarse, que debe estudiarse y, en definitiva, cuyo conocimiento y valor deben reproducirse en las nuevas generaciones. Hay una «naturalización» de su presencia en las currículas aunque, en el mejor de los casos, podamos contradecir y hasta reclamar la apertura del canon.

Además de esta primera postura ideológica respecto de la legitimidad del objeto, estamos tomando una posición respecto de la literatura en tanto producto cultural, una posición que privilegiará lo estético, lo formal, lo ideológico, lo representacional, etc., según sea el lugar en el que nos paremos. También estamos demarcando un punto de vista analítico, porque al definir al objeto definimos la perspectiva, la metodología de análisis, el lugar desde el que se realiza la crítica literaria.

Por lo tanto, hay que entender que la ideología está presente en toda práctica y que no es la presencia o ausencia de ésta lo que define la cientificidad de los estudios literarios. ¿Dónde puede construirse esa cientificidad? Sólo en la autorreflexión sobre el objeto, sobre la práctica académica, sobre los posicionamientos ideológicos muchas veces inconscientes; en la explicitación del locus desde el cual nos paramos para criticar, para enseñar o teorizar, hacer visibles y explícitos no sólo nuestra postura sino también los argumentos que la sostienen.

La diversidad de corrientes teóricas surgidas en el último siglo, y especialmente en las últimas décadas, han venido a poner el ojo en la interdisciplinariedad del objeto literario y, por lo tanto, en la multiplicidad de formas de abordaje de ese objeto. Problematizarlo, ponerlo en cuestión y explicitar nuestra ideología, reconociéndola como parte conformante de nuestra cientificidad, y no como una negación de ésta, es el imperativo moral que nos impone la pertenencia a las instituciones académicas.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (1993).** *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Edicial, 2ª edición.
- Bajtín, Mijail (1998).** *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI Editores, 8ª edición española.
- Becerra, Eduardo (2004).** «Hacia la descolonización de la colonia. Testimonio, crítica literaria y tradición ancilar latinoamericana». En *América sin Nombre*, nº 5–6. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Consultada el 27 de mayo de 2008.
- Benveniste, Emile (1971).** *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI Editores.
- Cros, Edmond (2003).** *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Universidad EAFIT.
- Culler, Jonatha (1989).** «La literaturidad». En Angenot, M., Bessière, J., Fokkema, D. y Kushner, E. *Teoría Literaria*. México: Siglo XXI Editores.
- Eagleton, Terry (1988).** *Una introducción a la teoría literaria*. Madrid: FCE.
- Even-Zohar, Itamar (1975).** «Teoría del polisistema». En *Poética y literatura comparada*. Tel Aviv. Disponible online en <http://blog.pucp.edu.pe/item/44979/teoria-de-los-polisistemas-itamar-even-zohar>
- Kaliman, Ricardo J. (1998).** «Sobre la definición de lo interesante en los estudios culturales latinoamericanos». *Kípus: revista andina de letras*. 9 (II Semestre, 1998), pp. 29–42.
- Mattelart, Armand y Neveu, Érik (2003).** *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Paidós.
- Mignolo, Walter (1978).** *Elementos para una teoría del texto literario*. Madrid: Crítica.
- Parret, Herman (1995).** «Las teorías y sus ideologías esenciales». En *Teorías Lingüísticas y enunciación*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC UBA.
- Rosa, Nicolás (1990).** *El arte del olvido*. Buenos Aires, Puntosur.

Notas

¹ Es necesario aclarar que, como el autor lo afirma en su artículo, *la ideología externa* no es la que más importa desarrollar.

² El concepto de «Escuela del Resentimiento», aunque Bloom no lo define taxativamente, parece involucrar tanto los estudios culturales como los de género, los estudios poscoloniales, el posestructuralismo, etcétera.

³ Si bien se trata de posturas divergentes sobre la relación literatura-sociedad, creo que tienen una matriz filosófica similar.